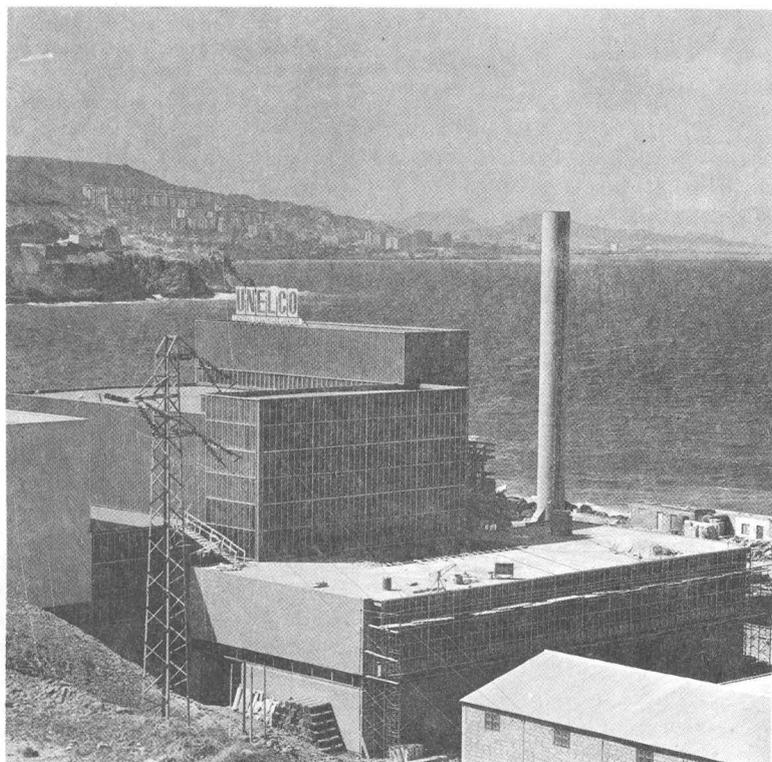


EL MEDIO AMBIENTE EN LAS PALMAS



La ciudad fue creciendo, intensificando vertiginosamente la densidad de construcción y de población -en suma, su complejidad-, pero, en contraste, los espacios dedicados a incrustar trozos de naturaleza -parques, zonas verdes, arbolado- han sido muy reducidos. En Las Palmas no existe ese gran parque al que la gente pueda acudir para su expansión. El Parque Doramas es un bello jardín, pero en absoluto suficiente para una finalidad de esta clase, máxime cuando parte de su superficie está ocupada por diversas dependencias. En la Ciudad Alta -que cuenta con la Plaza de don Benito y el pequeño Jardín Hermanos Millares- tampoco se han dispuesto las superficies necesarias para conjugar la vida urbana con algunos pequeños atractivos naturales. El proyecto de una gran zona ajar-

dinada en el cauce del barranco de la Ballena, que constituye un límite natural al poniente de la Ciudad Alta, parece haber quedado en el olvido; incluso ya se levanta alguna construcción en la superficie que podría haber acogido este parque. Sería muy de lamentar que esta ya vieja idea municipal fuera rota en pedazos por el paso del tiempo y el afán de los depredadores urbanos; se habría perdido una nueva oportunidad de aportar a la ciudad un pequeño fragmento del "cinturón verde" del que a veces se ha hablado y de utilizar una fórmula para romper la indiscriminada continuidad de las edificaciones, que constituye uno de los elementos más negativos en el, por ello, atóxico lenguaje urbano de Las Palmas.

Es cierto que si Las Palmas no es una ciudad arbolada, este

hecho ha venido determinado en buena parte por su medio geográfico y por la escasez de agua. Si esta capital se hallara emplazada en una altitud como la de San Mateo, sin duda gozaría de una mayor facilidad para hermopear sus calles y para tener más frondosas zonas verdes. Pero el asunto tiene, además, una señalada dimensión administrativa y la consiguiente dimensión urbanística. ¿Cuántas plazas y calles arboladas tiene Las Palmas? No son muchas; la mayoría de las plazas son las que existían o, al menos, las proyectadas en la ciudad de antes de comenzar este siglo -a éstas solo podemos sumarles, naturalmente, como nuevas, las de la Ciudad Alta-; el porcentaje de calles arboladas es ridículo: a la antigua Plaza de San Bernardo casi sólo podríamos añadir la Avenida de Mesa y López, además del paseo que bordea el estadio López Socas y las hermosas palmeras que se alinean a lo largo del Paseo de Chil y que dan su prestancia al barrio de Ciudad Jardín -la única zona residencial de la ciudad concebida como debe ser- y al pequeño sector de nacimiento del de Schumann. Pero ¿cuántas podrían tener su arbolado y cuántas podrían haberse concebido con la generosidad suficiente para dar cobijo en sus aceras o en paseos centrales a una representación de la naturaleza? Sin duda, muchas más. La falta de una concepción más desahogada en el trazado de las calles -que en general han quedado como estrechas galerías que alternan con una interminable sucesión de manzanas edificadas- impide hoy un elemental ornato de aquéllas. No es, pues, sólo la falta de agua el determinante principal de esta situación. En buena parte, la desidia urbanística tiene mucho que ver en todo esto. Aún así, en la actualidad otras muchas vías de Las Palmas permitirían un determinado tipo de arbolado o de pequeños parterres con flores, mientras que algunos rincones piden esa atención que tan bien cuidada está en Arucas, por ejemplo, de situar una gran talla de cerámica, plantada de flores; todo ello, si la colaboración ciudadana se deja notar, lo que también hay que poner en tela de juicio si recordamos lo sucedido en los jardines o patios de entrecalles de determinados barrios.

EL MEDIO AMBIENTE EN LAS PALMAS

Y hablando de colaboración ciudadana, siempre resulta bonito el detalle de unas flores en los balcones de las viviendas, aspecto tan olvidado por la gente, pero que contribuye a alegrar mucho la imagen de un edificio o de una calle. Actualmente, en especial en la zona turística de Las Palmas, se viene exteriorizando este toque de sensibilidad, que debería ser desarrollado en general en toda la ciudad.

Hemos hablado hasta ahora del arbolado, de la zona verde, de las plantas y las flores. Porque, evidentemente, la verdura constituye un elemento fundamental en el medio ambiente de una ciudad. Los árboles producen oxígeno -necesario para contrarrestar el clima viciado de la urbe- y la verdura y los espacios libres alimentan el ánimo del tantas veces angustiado habitante de la ciudad. Por eso una capital que carezca de ellos, carece también en un elevado porcentaje de un ambiente humano y acogedor. En Las Palmas, nuestros pecados urbanos -o los de quienes los han cometido, que son muchos- tienen esta notada consecuencia.

Pero, junto a las muestras de la naturaleza, existen otros aspectos encerrados en el concepto de lo que consideramos como medio ambiente urbano: las perspectivas de una ciudad, perspectivas que nos proporcione hori-

zontes libres que nos permitan mirar más allá de la casa de enfrente y que levante nuestro espíritu. Afortunadamente, Las Palmas tiene unos horizontes marinos incomparables.

A lo largo de la Avenida Marítima o desde el Paseo de la Playa de las Canteras se puede gozar de amplios y hermosos horizontes atlánticos, al igual que desde los suburbios de las colinas que rodean a la ciudad y desde la Ciudad Alta. Por su emplazamiento, Las Palmas está abierta a estos horizontes; a pesar de ello, este beneficio natural ha sido contradicho por muchas edificaciones que rompen las perspectivas y que aprisionan a varias zonas de la urbe. Por otro lado, la silueta de nuestra pequeña península de la Isleta permanece aún bastante libre, aunque en los últimos años ya se encuentra afectada por el avance de las edificaciones. En su perspectiva y en su superficie, la Isleta es una reserva natural de la capital que en el futuro debería albergar sólo espacios verdes.

Precisamente, esta situación geográfica es la que libra a Las Palmas de un problema sufrido por el medio ambiente de otras ciudades. En esta capital hay calles -como la de General Franco- con una circulación intensa y lenta que origina un cierto grado de contaminación del aire. También existen los problemas de malos olores procedentes de las factorías de pescados situadas en

Guanarteme -que se dejan notar, especialmente, durante el estío- y de los humos contaminantes producidos por la combustión de basuras en el barranco de la Ballena, junto a la Feria del Atlántico, que suelen invadir los barrios de la Ciudad Alta. Aunque los venimos sufriendo desde hace años, son males coyunturales que pueden tener rápida solución. Las factorías de pescado habrán de abandonar -más tarde o más temprano- el lugar que ocupan; parece que en un futuro se ubicarán en la urbanización industrial el Cebadal, en las cercanías del Puerto. En cuanto a la quema de basuras, todavía no nos explicamos como se sigue permitiendo esta infracción.

La contaminación producida por la circulación de vehículos sólo se da en esas calles de intenso tráfico y, a escala particular, en los escapes de vehículos que no respetan las normas dictadas al efecto. Pero, en la práctica, Las Palmas es una ciudad casi sin contaminación. Ello se debe a los siguientes factores: 1) Emplazamiento geográfico, entre dos lenguas de mar. 2) Condiciones climatológicas: las brisas marinas barren la población, impidiendo el asentamiento de elementos contaminantes. 3) Ser una ciudad lineal, sin grandes centros congestionados, y, actualmente, una capital distribuida en dos planos con diferente altitud. 4) Carencia de grandes industrias en el núcleo urbano. Asimismo, hay que tener presente que Las Palmas no tiene esas grandes densidades de población de las grandes ciudades, sino que posee el tamaño que hoy se considera ideal para una urbe: sobre los trescientos mil habitantes.

Si la contaminación atmosférica no es un problema grave de Las Palmas, en cambio sedan los típicos de la muy intensa circulación, los ruidos de motos y otros vehículos y los defectos de barrios o zonas de viviendas con excesiva densidad. Son problemas que afectan desfavorablemente a nuestro medio ambiente urbano y que deberían tener una atenta consideración con el objetivo de hacer más agradable el ambiente de una ciudad que hasta hace veinte años era una villa muy tranquila, pero que hoy no ha podido sustraerse a los defectos -la motorización, la prisa, la deshumanización- de tantas y tantas otras capitales del planeta.

